la derecha, como los güelfos; el joven lo llevaba inclinado á la izquierda, como los gibelinos. Por lo demás, no eran ni un güelfo ni un gibelino; tampoco eran dos verdugos, ni dos demonios, ni dos espectros; eran dos forjadores. Aquel hogar, en donde se caldeaba al rojo una larga barra de hierro, era su chimenea. La claridad, que figuraba tan extrañamente en aquel melancólico paisaje el alma de Hatto trocada por el infierno en llama viva, era el fuego y el humo de aquella chimenea. El rechinamiento era el rumor de una lima. Junto á la puerta, al lado de un cubo lleno de agua, dos martillos de largos mangos se apoyaban en un yunque; ese yunque es el que había oído cosa de una hora antes y me hizo componer los versos que acabáis de leer.

De suerte que, hoy en día, Maüsethurm es una fragua. ¿Por qué no había de ser antes una aduana? Ya veis, amigo mío, que decididamente *Mauth* tal vez tenga razón.

Nada más degradado y decrépito que el interior de aquella torre. Los muros, en los que estuvieron colgadas las espléndidas tapicerías episcopales, y de las que las ratas, según dicen las leyendas, *royeron por todas partes el nombre de Hatto,* los muros están actualmente desnudos, arrugados, surcados por las lluvias, verdosos en el exterior por las brumas del río, ennegrecidos en el interior por el humo de la fragua.

Ambos forjadores eran, por otra parte, los mejores hombres del mundo. Subí la escalera y entré en el ruinoso edificio. Entonces me enseñaron, al lado de la chimenea, la estrecha y agrietada puerta de una torrecilla sin ventana, en donde, según dijeron, se refugió primeramente el arzobispo. Luego me prestaron una linterna y pude visitar la islita. Es una larga y estrecha lengua de tierra en la que crece por todas partes, en medio de un cinturón de juncos y cañas, la

euphorba officinalis. A cada instante, recorriendo la isla, el pie topa con algunos montículos ó se hunde en algunas galerías subterráneas. Los topos han substituído á las ratas.

El Rhin ha descalzado y puesto al descubierto la punta oriental del islote, que lucha como una proa contra la corriente. No hay allí ni tierra ni vegetación, sino una roca de mármol rosa que, á la luz de la linterna, me parecía veteada de sangre.

Sobre ese mármol está erigida la torre.

La torre de las Ratas es cuadrada. La torrecilla, cuyo interior me enseñaron los forjadores, proyecta en la cara que mira á Bingen una pintoresca hinchazón. El corte pentagonal de la alta y esbelta torrecilla y las postizas barbacanas en las que se apoya, indican una construcción del siglo XI. Parece que las ratas hayan roído profundamente la base de la torrecilla. Las aberturas de la torre han perdido de tal modo su forma, que sería imposible deducir fecha alguna. El paramento, desconchado acá y acullá, dibuja en las paredes exteriores una especie de asquerosa lepra. Algunas piedras informes, que fueron almenas ó barbacanas, figuran en la cúspide del edificio; dientes de cachalote ó huesos de mastodonte incrustados en el muro.

Encima de la torrecilla, á la extremidad de un largo mástil, flota y se desgarra al viento un triste harapo blanco y negro. De momento encontré no sé qué triste armonía entre aquella enlutada ruina y aquel fúnebre trapo. Pero era simplemente la bandera prusiana.

Y recordé entonces que los dominios del gran duque de Hesse terminan en Bingen. La Prusia rhenana empieza allí.

No echéis á mala parte lo que digo de la bandera de Prusia. Os hablo del efecto que me produjo, y

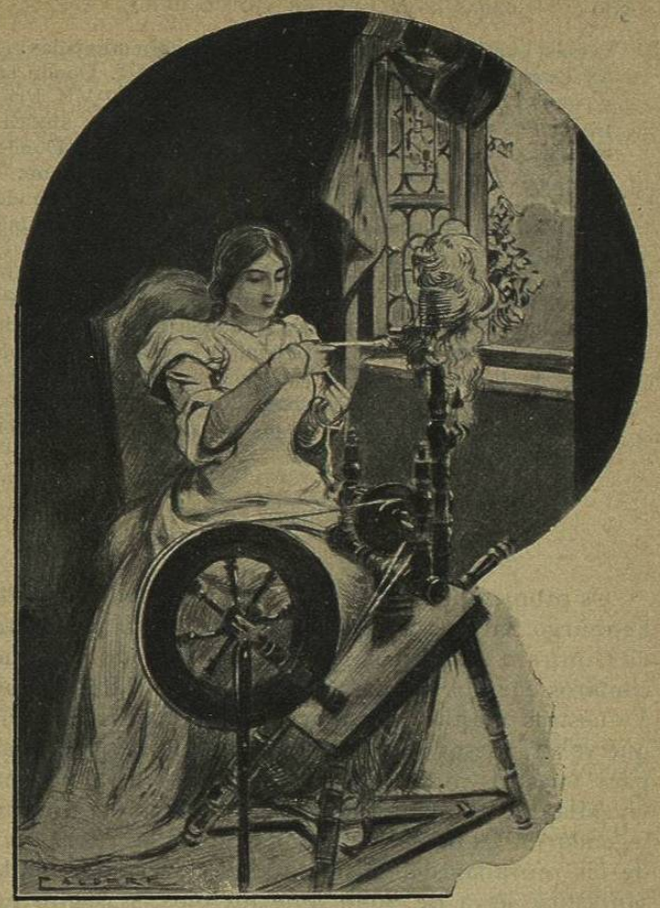
nada más. Todas las banderas son gloriosas. Quien estime la bandera de Napoleón, no insultará jamás la bandera de Federico.

Después de haberlo visto todo, y arrancado un tallo de euforbio, me marché de la Maüsethurm. Mi batelero se había dormido. Al propio tiempo que daba mano al remo y la barca se alejaba de la orilla, los dos forjadores le daban otra vez al yunque, y oí silbar en el cubo de agua la barra de hierro que acababan de hundir en él.

¿Y qué os diré ahora? Que media hora después me hallaba en Bingen, que tenía un apetito enorme, y que después de cenar, aunque estaba cansado, aunque era muy tarde, aunque los buenos ciudadanos ya dormían, subí, mediante un thaler ofrecido á propósito, al Klopp, viejo castillo arruinado que domina Bingen.

Allí disfruté de un espectáculo digno de cerrar aquella jornada, en que había visto tantas cosas y mezclado tantas ideas.

La noche estaba en su momento más profundamente adormecido. Por debajo de mí, un apiñamiento de negras casas yacía como un lago de tinieblas. En toda la ciudad no se veía más que siete ventanas alumbradas. Por una extraña casualidad, aquellas siete ventanas, semejantes á rojizas estrellas, reproducían con perfecta exactitud la Osa Mayor, que brillaba en aquel mismo instante, pura y blanca, en el fondo del cielo; tan exactamente, que la majestuosa constelación, encendida á millones de leguas por encima de nuestras cabezas, parecía reflejarse á mis pies en un espejo de tinta.



CARTA VIGÉSIMA PRIMERA

LEYENDA DEL APUESTO PECOPIN Y DE LA BELLA BOLDUR

I. Leyenda.—II. El ave Fénix y el planeta Venus.—III. Donde se explica la diferencia que hay entre la oreja de un joven y la oreja de un viejo.—IV. Donde se trata de di-